

“Ante la esfinge”

Soren Peñalver

Revista *Postadata*, mayo-junio, n° 4, *Palabra sustantiva*

En una no lejana ocasión, y llevado por lo que llamamos inspiración, estado éste efímero y absolutamente marginal en estadios de razón e intelecto, me referí a un personaje menor de Nathanael Hawthorne: el obrero de la cal, Ethan Brand; en relación y no en comparación con Miguel Espinosa. ¿Debería ahora desentrañar el sentido abstracto, hermético, de lucubración de aquellos versos? ¿Y para qué? Incurriría, sin duda aún más en la sugestión literaria de mi homenaje post mortem, sin dar más claridad con la explicación sobre el sentido que pudieran tener mis líricos argumentos de antaño, al escritor dedicados. Pero algunas palabras no están de más si apoyan la referencia en nada gratuita a un novelista de aquel puritano ambiente de Nueva Inglaterra, a mediados del siglo XIX y a través de una de sus extrañas criaturas de ficción, de la cual muchos rasgos y no poco de su circunstancia supo encontrar en la vida inmediata de esa época bien abotonada de rigores éticos, mas no necesariamente pobre en polimorfismo anímico por la misma regla de equilibrio en la naturaleza humana. Mi Ethan Brand siente su corazón calcinarse como el fragmento de mármol se hidrata en el ventrículo de la calera. Ve pasar toda su vida ante la imaginación y su absorta mirada, mientras el horno más y más se activa. Se convierte así en el observante cuasi místico de su iterativa conciencia.

Entonces, en aquel tiempo en que me preocupaba de la metafísica de Ethan Brand, ignoraba que Miguel Espinosa había escrito un libro, publicado un cuarto de siglo atrás en la Revista de Occidente, dedicado a Norteamérica. En esa obra de lúcida historiografía y teoría filosófica de una cultura el autor hacía referencia a una tierra de promisión, propicia como lugar de experimentación para utopías religiosas, raros fourierismos campesinos y cofradías de sabiduría; todo aquello de lo cual habría de surgir el menos complejo que enrevesado carácter del pequeño norteamericano actual. Mas en casi nada Espinosa y Hawthorne se parecen, a no ser en la vocación sincera (diríamos autodeterminista) por la literatura, en ambos casos de valía nada común, y en la enigmática forma de ejercer su oficio de las letras.

No fui amigo ni tampoco conocido asiduo del escritor ni del hombre. No pude serlo por muchos puntos no en común, aparte del espacio y el tiempo indistintos que no

facilitaron el coincidir, aparte de un par de ocasiones, bastante breves, aunque no superficiales. Amigos de ambos, y su propio hijo, nivelaron las “aristas” intelectivas, los “escollos” teóricos que nos separaban a Espinosa y a mí, más por mi incapacidad de poder mirar, impersonalmente, hacia ese terreno suyo del intelecto puro; y, “um dia, num restaurante, fora do espaço e do tempo” (cito aquí a Álvaro de Campos-Pessoa por lo que sigue en mí de la impresión del misterioso encuentro) tuvimos la ocasión de una conversación más amable y locuaz de lo que nunca esperé, durante la cual pude atisbar la gran inteligencia de aquel hombre. Su sentido crítico, falto de absoluta mezquindad sobre todo lo que es este mundo y su vanidad (se refería, me refiero, al cenáculo de las letras pedáneas) era rotundo, sin brizna de petulancia; mi estupor fue grande ante su opinión proferida con impersonalidad fría y exacta, y mayormente me afectaría su pregunta por un escrito mío que por entonces se había publicado en la prensa, ya que a él le había intrigado la persona que pudiera haber detrás, es decir, yo mismo haciendo hablar a Camoens en los momentos de la cercanía de su muerte, cuando recuerda, en la pobreza, la enfermedad y el olvido, los esplendores (erótico, bélico, lírico y exótico) de su juventud. Le di las gracias por su decir generoso a mis amigos (quienes a mí me lo comunicaron) sobre mi florilugio al vate luso. Su rostro, que era el mismo de todas las fotografías de la trayectoria de su vida, poseído por la intemporal edad del camaleónico o el vegetal, comprimido y casi sin articulación pese al esfuerzo de la palabra, acaparaba mi atención. Me dijo las palabras exactas que otro día dijera sobre mí a los amigos, preguntándome para cerciorarse, con escrúpulo de inquisidor, de la fidelidad de su juicio transferido. Siguió pasmándome; esa impresión, con el misterio persistente por lo que de él no llegué a aprehender, algo sí intuir, me acompaña junto con sus libros, ajenos en puntos espirituales, allegados en otros puntos del raciocinio. Sigo pensando en el singular Ethan Brand del no menos singular Hawthorne, preguntándome si realmente podemos estar seguros de conocer a aquellos que junto a nosotros pasan. Miguel Espinosa, escritor grande y hombre insólito, extraño, sigue apareciendo como una incógnita en mi memoria. Su rostro incognoscible, impenetrable, sin embargo tiene, finalmente, la actitud de la auténtica Esfinge: saber sonreír, y así hizo a causa de la amistosa guasa con la que le indiqué una corrección posible en un título capital de su obra literaria; y él sabía muy bien por qué (había trabajado durante años para compañías comerciales japonesas) podría *Escuela de Mandarinés* trocarse en *Escuela de sogunes*.

El misterio subsiste en mí (ya lo he dicho) respecto a él, a Miguel Espinosa. Quizás las claves estén en sus novelas, en sus libros, y yo sea impermeable, perpetuamente ignaro a ellas. Pero quien escribe lee dos veces..., afirmaban no sin razón los antiguos latinos.